La ruta de los dragones de piedra

Relato original · Shyvirelle

Ira recibió el acuerdo en una caja de madera tan estrecha que parecía hecha para contener una espada. Dentro había tres hojas de pergamino, una pluma de hierro y un mapa con la ruta oficial marcada en rojo. Las instrucciones de la corte eran precisas: llevar el texto hasta los dragones de la frontera y regresar con ellos para firmar antes de que se encendieran las lámparas del salón mayor de la fortaleza fronteriza.

La ruta, sin embargo, terminaba en el dibujo de una torre y continuaba al otro lado de una montaña con una sola palabra: VOLAR.

—No vuelan —dijo Ira al escribano que le entregaba la caja.

—Antiguamente volaban.

—Antiguamente tampoco había una muralla en la cantera.

El escribano golpeó el mapa con un dedo, como si el papel pudiera convencer a los cuerpos de obedecerlo.

—Es la ruta ratificada. Si quieres llevar el sello de la corte, síguela.

Ira salió antes de discutir de nuevo. Había trabajado varios años como mensajera y sabía que un sello podía abrir una puerta, pero nunca había visto que construyera un camino.

La piedra que guarda el calor

La frontera estaba hecha de dos montes que se acercaban tanto que, desde lejos, parecían una sola pared. Entre ambos corría una veta rojiza que conservaba el calor del suelo aun en pleno invierno. Los dragones habían seguido esas vetas durante generaciones. No necesitaban alas: abrían túneles con las garras, guiados por la temperatura de la roca. En los corredores cálidos podían excavar y avanzar; sobre grava fría, expuesta a la intemperie, sus patas perdían agarre y su peso se convertía en un peligro.

Ira encontró a un dragón joven junto a la boca cegada de un antiguo pasadizo. Era más largo que un carro, de color gris oscuro, con las alas reducidas a dos pliegues de piel bajo los hombros. Tenía las garras cubiertas de polvo rojo.

—Eres quien trae los papeles —dijo él, olfateando la caja.

—Me llamo Ira. ¿Tú?

—Neral. Los mayores esperan desde hace dos días. La corte anunció un camino por el cielo.

Neral levantó una pata y la dejó caer sobre un bloque gris que no tenía vetas. El sonido fue seco, sin resonancia.

—Aquí se acabó el calor. Extraían esta piedra para reforzar el paso. Quitaron la parte que nos permitía seguir por debajo.

Ira miró al norte. Sobre la cantera se levantaba la muralla de la frontera: piedra cortada, torres, una puerta para caballos, un foso de grava que parecía una cicatriz. La corte había construido el muro para separar los dos territorios mientras negociaba la paz. Había empleado precisamente la roca que los dragones necesitaban para alcanzar el salón de firmas.

—¿Puedes rodearlo? —preguntó Ira.

Neral señaló con el hocico los taludes blancos. Estaban separados de la veta rojiza por una extensión de escombros fríos. En su borde se veían huellas profundas y una roca partida.

—Lo intentó mi hermana. Se hundió hasta la barriga. Pudimos sacarla, pero ya no queda suelo seguro para repetirlo.

El joven sacó de una grieta una piedra tibia del tamaño de un puño. La ofreció a Ira. Ella la sostuvo hasta sentir el calor filtrarse por los dedos.

—¿Y si llevas los papeles hasta ellos? —dijo Neral.

—El acuerdo exige que sus representantes firmen en el salón mayor ante los de la corte. No puedo cambiar eso desde un camino.

—Entonces has venido a contarles que su firma importa, pero sus cuerpos no.

Ira no encontró una respuesta que no sonara como otra instrucción escrita.

El capitán de la cantera

El capitán Oren recibió a la mensajera en la caseta del portón. Sobre la pared colgaba un mapa militar que mostraba la misma ruta roja, pero con una línea gruesa donde se había excavado la veta.

—Esa muralla detiene incursiones por el valle —dijo Oren—. No voy a abrirla para que un dragón use la cantera como si fuera su casa.

—La cantera era su camino antes de que la excavaran.

—Y ahora es nuestra defensa.

Ira extendió el acuerdo sobre la mesa. Una de las cláusulas obligaba a los dragones a mantener abiertos los túneles de ventilación de las minas reales. Otra prohibía a los soldados entrar en los corredores de cría. Ninguna hablaba de cómo podrían llegar las dos partes al lugar donde debían firmar.

—Si no llegan, la corte dirá que han rechazado el pacto —dijo Ira—. Y tú seguirás guardando una frontera sin acuerdo.

Oren miró el mapa. Explicó que abrir la puerta grande no serviría. Las piedras lisas del camino de los caballos eran demasiado frías para las garras de un dragón. Abrir una brecha en la muralla era imposible sin dejar expuesto todo el portón. Además, el suelo bajo la cantera estaba compuesto por bloques retirados y capas de piedra quebradiza.

Ira volvió a las vetas dibujadas junto a las marcas de extracción. La línea roja aparecía todavía viva al otro lado de la muralla. Entre los dos extremos faltaba un tramo corto, exactamente debajo de un almacén vacío de la cantera.

—¿Por qué hay una escalera aquí? —preguntó, señalando una pequeña marca negra.

—Conduce a una galería de inspección. Está cerrada con cascotes.

—¿El techo es firme?

—Lo era cuando aún extraíamos piedra.

—Necesito que lo compruebes. No te pido que derribes la muralla. Te pido abrir un tramo bajo ella, donde el camino ya existía.

Oren iba a negarse, pero Ira dejó junto al mapa la piedra tibia que le había dado Neral. A través del suelo de la caseta se sintió un temblor mínimo, como el paso lejano de una carreta. El capitán tomó la piedra y descubrió que seguía caliente.

—Si hacemos un hueco, los dragones podrán llegar desde su lado —admitió—. También podrían llegar hasta las bases del muro.

—Por eso necesitas ver el trazado y acordar qué se abre, qué se cierra y quién vigila. Si no se firma nada, ya conoces el riesgo. Lo que no puedes es pedir su presencia y quitarles el único acceso.

Oren no prometió ayuda. Ordenó inspeccionar la vieja galería antes de decidir. Ira salió con una condición y sin garantía, que era más de lo que le había ofrecido la ruta oficial.

Un pasaje de dos manos

La inspección encontró tres soportes sanos y una bóveda fisurada por la extracción. No podían despejar toda la galería. Oren reunió a dos canteros, hizo reforzar la parte inestable con piezas que tenían guardadas y marcó un corredor angosto que llegaría hasta la veta roja. Los dragones tendrían que excavar el último tramo desde su lado; los humanos retirarían los bloques fríos desde la cantera.

Ira llevó la propuesta a Neral. El dragón escuchó con una atención tensa.

—No es un túnel nuestro —dijo al fin—. Es una boca con los dientes del muro encima.

—Oren exige marcas para saber hasta dónde llegáis. Tú puedes ponerlas del lado cálido. Él pondrá las suyas en la piedra fría. Si una de las marcas se mueve, paramos.

Neral aceptó llevar las condiciones a los mayores. Volvió una hora después con polvo rojo hasta las orejas y una respuesta: abrirían hasta la mitad, pero nadie cruzaría antes de que una persona y un dragón reconocieran juntos los soportes.

Antes del anochecer, Oren envió a la corte una nota firmada que describía la ruta imposible y pidió aplazar la ceremonia. La respuesta autorizó continuar esa misma noche, bajo su responsabilidad.

Trabajaron hasta que la luz desapareció de los tajos superiores. Las herramientas humanas desprendían trozos pálidos. Del otro lado se escuchaban golpes más hondos, acompasados, que dejaban la roca rojiza caliente al tacto. Ira viajaba entre las dos entradas con la caja del acuerdo a la espalda; no extraía piedra, pero llevaba cada cambio de trazado de un equipo al otro.

Un crujido detuvo la tarea. Una de las marcas de Oren apareció torcida. El capitán ordenó retirarse. Neral, que estaba a unos pasos del frente cálido, quiso seguir excavando para alcanzar el último bloque, pero Ira le gritó que se quedara donde estaba. Oren colocó una nueva pieza de soporte y esperaron hasta comprobar que la marca permanecía fija. Perdieron casi una hora. Nadie la llamó una demora inútil.

Al fin se encontraron a través de una abertura donde cabía una cabeza humana. Del lado de Neral salió aire tibio; del de Oren, olor a cantera mojada. Los dos inspeccionaron los soportes, cada cual desde su suelo, y acordaron ensanchar solamente el tramo central. La muralla permaneció en pie. Por debajo se abría un paso transitable que terminaba en la galería del viejo almacén.

—¿Y de allí al salón? —preguntó Neral.

Ira siguió el dibujo del edificio en el mapa. El almacén compartía cimientos con el salón mayor. Una escalera estrecha conducía a una puerta para sirvientes; un dragón no cabía por ella. Pero la bóveda de servicio terminaba justo debajo del estrado donde se colocaría la mesa de firmas.

Oren entendió a la vez que ella.

—No vas a pedirme que rompa el suelo de la corte.

—Voy a pedirte que lo midas primero.

La mesa y el suelo

Cuando llegaron las lámparas a la sala, el salón mayor estaba listo para recibir delegados que no podían entrar. Ira apareció con el uniforme cubierto de polvo y pidió que retiraran la mesa del estrado. El maestro de ceremonias protestó, pero Oren mostró el plano de la galería y las condiciones firmadas por ambos equipos.

No abrieron un pozo en medio del mármol. Apartaron tres losas de servicio, originalmente previstas para reparar la conducción de aire, y ampliaron con cuidado la abertura hasta la

bóveda. Abajo había suficiente espacio para los dragones; arriba, para los representantes de la corte. La firma no sería en dos lugares separados, sino en dos niveles de la misma estancia.

Neral asomó primero la cabeza, con las escamas llenas de polvo rojo. Detrás llegaron los mayores, lentos y silenciosos. No podían volar ni subir la escalera, pero podían ver el pergamino y discutir cada cláusula a través de la abertura. Ira extendió el documento sobre una tabla que apoyaron entre los dos niveles.

Los dragones pidieron cambiar una frase que hablaba de «libre tránsito por todas las rutas existentes». Habían aprendido lo poco que valía una ruta en un mapa si nadie podía recorrerla. La sustituyeron por una cláusula concreta: los accesos de piedra cálida que ambas partes identificaran quedarían señalados y no podrían extraerse sin acuerdo previo.

Oren añadió la obligación de inspeccionar las bóvedas comunes después de cada temporal. Neral exigió que las marcas las comprobara una persona de cada lado. No todas las peticiones fueron aceptadas a la primera. La mesa de firmas permaneció inclinada mientras negociaban.

La última rúbrica fue la de Neral, que representaba a los dragones jóvenes y sabía reconocer vetas donde los mayores ya no podían entrar. No sostuvo una pluma: presionó con una garra entintada un pequeño símbolo tallado en el margen del pergamino, según la forma admitida por la corte.

Al salir, Oren acompañó a Ira hasta la boca de la cantera. La muralla seguía dominando el valle. Debajo, una línea de polvo rojizo marcaba el nuevo pasaje.

—La próxima vez —dijo el capitán—, envíen una ruta que se pueda caminar.

Ira guardó el mapa oficial en la caja, sin borrar la palabra VOLAR. Bajo ella dibujó, con la punta del lápiz, una abertura pequeña y la ruta que habían logrado construir. No era más corta. Por primera vez conducía a todos los que tenían que llegar.